

JOYCE EN CATALÁN

Joaquím Mallafré

La amable invitación de Francisco García Tortosa a estudiar la recepción de la obra de Joyce en el ámbito de las letras catalanas me ha estimulado a esbozar este panorama, que puede ampliar el alcance de la contribución peninsular, desde sus distintas lenguas, al conocimiento del autor y de su obra.

Desde la Renaixença no cesa el movimiento de inquietud cultural, abierto a las influencias clásicas y modernas, que divulga y traduce un corpus literario realmente importante. Dostoiewsky se conoce en catalán desde 1892; la colección de “L'Avenç”, a principios de nuestro siglo, da a conocer Ibsen y Leopardi, Sacher Masoch o Walt Whitman; Homero y los trágicos griegos, Dante, Shakespeare o los grandes autores franceses del siglo XVII se encarnan en una brillante tradición traductora.

También el pensamiento de Nietzsche o Vico y las vanguardias encuentran un eco importante: el futurismo de Marinetti, el dadaísmo de Tzara o el surrealismo de Breton inspiran manifiestos, poemas y movimientos artísticos que impregnan la vida cultural en el periodo de entreguerras. Es en este contexto donde se producirá el impacto inicial de la obra joyceana¹. A Lluís Montanyà, que firmó el *Manifest groc* juntamente con Dalí y S. Gasch, debemos la primera noticia de *Ulyses* en febrero de 1930. En una revista de Vilafranca del Penedés, *Hélix* (a la cabeza de la cual encontramos a J. Masoliver y en donde se publicaría un mes más tarde el discurso iconoclasta pronunciado por Dalí en el Ateneo de Barcelona) Montanyà saluda con entusiasmo una obra cuya fama da por sentado que ha llega-

¹ Vid. Jaume Martí Olivella. “James Joyce i la Literatura Catalana”. *Les ales d'icar*, suplemento literario de *El Eco de Sitges* 19 (31-12-1982).

do ya al público lector y que representa —traduzco del catalán— “algo excepcional, completamente aparte. Ni Proust —que a su lado resulta una lectura divertida— ni el Jarry de *Ubu-Roi* tienen nada que ver con ella. No habíamos leído nunca ni es probable que volvamos a leer nada que se le pueda comparar (...) *Ulysse*² es el resultado monstruoso y, a pesar de todo, magnífico, de la impotencia artística de toda una época. Y este juicio no tiene, para nosotros, un sentido únicamente peyorativo”. Cree que supera y agota las posibilidades del surrealismo y que el monólogo interior, “como en una visión cinematográfica”, nos sumerge en una escatología más allá de toda inmoralidad, casi diabólicamente humana, pero con un inexplicable estremecimiento de lo sublime.

Encontramos aquí el primer impacto del libro de Joyce que posiblemente más influirá en autores posteriores. El sentimiento de que se trata de un experimento transgresor, ética y estilísticamente, da un tono de raíz aún romántica a las primeras aproximaciones, que la dificultad de adquirirlo durante la postguerra española no haría sino mantener: varios escritores han manifestado el descubrimiento de Joyce, como de muchos otros autores, en ediciones sudamericanas o en la trastienda de algún librero que lo importaba de matute, como en los primeros tiempos de la prohibición de la novela. Es posiblemente este espíritu el que hace que en el mismo número de *Hélix* aparezca un fragmento del capítulo 7 que el traductor sólo se atreve a firmar con unas iniciales, M.R., correspondientes al sacerdote Manuel Trens, que había traducido la inicial de su apellido por la R de Railways.

Pero paralelamente encontraremos influencias plasmadas en creaciones personales. En 1930 aparece *Víctor o la rosa dels vents*, de Agustí Esclasans, escrita a partir de 1925. En el prólogo manifiesta explícitamente, por si el crítico no descubre tan visible evidencia, que su novela ha sido influida directamente por James Joyce “el novelista més formidable dels nostres temps”. El interés por terminar la obra el día que cumplía los treinta y cinco años, el retrato crítico de Barcelona, la estructura de la obra: treinta capítulos simétricos repartidos en tres etapas, el monólogo interior, el juego de palabras (“Ai pobre vulgar fina Kathryn de Melifel Maliful Molifal Milafil Mulifol...”) evidencian esta asunción.

También en *Fanny* de Carles Soldevila (1929) encontramos la influencia joyceana (aunque quizás pesa más la francesa, el monólogo de Dujardin por ejemplo, o la de *Fraülein Elsa* de Schnitzler). Más clara aparece en Josep Sol: en su *Elionor* (1935) hay ecos de *Dubliners* y en *Una adolescència* (1936) de *Ulysses* y de *A Portrait*. Su dedicación crítica y traductora a la obra del autor irlandés es importante, como vemos cuando en el número 2 de la *Rosa dels Vents*³ estudia y

² *Sio*: confiesa que le fue inaccesible en inglés y ha tenido que esperar la obra en francés.

³ (Mayo de 1936): 89-100.

traduce partes de *Chamber Music* y de *Dubliners* y anuncia el proyecto de hacerlo mismo con *Exiles*, *A Portrait* y *Ulysses*. Señala el interés relativo de los poemas en los que ve, sin embargo, una clave para explicar la renuncia a la tradición irlandesa en beneficio de Dante, Santo Tomás de Aquino y la poesía isabelina y saluda a *Dubliners* como una de las cimas modernas en su género, por su ausencia de romanticismo, por su precisión y por su ironía. Como muestra traduce “An Encounter”. En el número de 24 de diciembre de 1936 de *Mirador* subraya la importancia de *A Portrait of the Artist as a Young Man* para la comprensión de *Ulysses* (coincidiendo con Stuart Gilbert, cuyo libro conoce) e ilustra las ideas estéticas de Joyce con la traducción de extensos fragmentos del libro.

No podemos olvidar tampoco los comentarios de Josep Pla, cuya lectura repetida de *Ulysses*, según él una inmersión de primer orden en la realidad, se refleja en partes de su obra⁴ y le llevaría más tarde a traducir dos fragmentos de los capítulos XV y XVII en *Notes del capvesprol* (1979)⁵. El público catalán tuvo también temprana noticia de *Finnegans Wake* a través de los comentarios sobre el estado del *Work in Progress* que le dedica María Manent en *Notes sobre literatura estrangera* (1934).

La guerra civil interrumpió la tradición joyceana y cualquier otra tradición en nuestra lengua⁶. Pla, como Manuel de Pedrolo, María Aurelia Capmany o Mercè Rodoreda, formados en el clima cultural anterior esperarán el momento en que sea posible reflejarla en sus obras. Desde el exilio, otros autores la conservan: C. A. Jordana, traductor de Shakespeare, V. Woolf, Mark Twain y teórico de la traducción, escribió una novela en 1958: *El món de Joan Ferrer* (publicada en 1971) dividida en nueve capítulos para otros tantos días, símbolo de los siete pecados capitales y sus correspondientes virtudes y dos más correspondientes a la vida y a la muerte. La minuciosidad de las sensaciones y descripciones corporales, el papel del subconsciente, la mezcla de lenguas y de registros reflejan la asimilación de un modelo conocido.

Desde mediados de la década de los sesenta y hasta la actualidad nuevas generaciones han integrado con normalidad —lo que quiere decir con originalidad en muchos casos y desde una síntesis personal de influencias europeas— la heren-

⁴ *Obra completa* XLIII. 257. Marina Gustá (*Josep Pla en Història de la Literatura Catalana* 10. 137 y 185) señala además las alusiones de Pla a Joyce en O.C. (XXVI. 230-232) y en las anotaciones comprendidas entre el 15 de junio y el 17 de julio de sus *Notes per a un diari, 1966* (1986). También alinea el *Quadern gris* con *A Portrait*.

⁵ *Obra completa*. XXXV. 245-249 y 232-234 respect.

⁶ También en castellano habrán de pasar muchos años antes de recuperar a Joyce. Con una curiosa excepción, dadas las circunstancias de la época: en 1942 apareció en Barcelona una traducción de *Dubliners* —*Gente de Dublín*— de L. Abelló, en una colección de la Ed. Tartessos, que dirigía Félix Ros.

cia joyceana. Citas, ecos, recuerdos y dedicatorias la reconocen. Sería prolijo hacer el análisis de cada novela que lo demuestra y la enumeración de obras o autores pretende simplemente dar una pista, no exhaustiva, de investigación.

Blai Bonet me parece representativo de esta nueva fase, no sólo porque *Mister Evasió*, al que pensaba titular *Ulises III*, y ciertamente muestra un conocimiento explícito de Joyce, fue escrito en 1964, sino porque considera que *Finnegans Wake* era un medio de vomitar el conflicto lingüístico anglo-irlandés que Joyce y los irlandeses, como los mallorquines, sufrían⁷. Ahí reside un elemento del interés de los catalanes por Joyce ante una sustitución lingüística y el estado de la propia lengua, marginada y en peligro de extinción literaria.

Algunas obras de Biel Mesquida o los primeros cuentos de Quim Monzó, *Nifades* (1971) de J. M. Sontag, *Els plàtans de Barcelona* (1972, pero cuya traducción francesa apareció en 1966) de Víctor Mora, *Siro o la increada consciència de la raça* (1972: con título procedente de las últimas líneas de *A Portrait*) de Terenci Moix, *Falles folles fetes foc* (1974) de Amadeu Fabregat, *El Barcelonauta* (1977) de Josep Albanell, *Esquinçalls d'una bandera* (1977) de Oriol Pi de Cabanyes, *Aquell gust agre de l'estel* (1977) de Robert Saladrígues, *Coll de serps* (1978) de Ferrán Cremades, *Camil i Adelf* (1981) de Quim Soler, *Quan la pedra es torna fang a les mans* (1981) de Margarida Aritzeta o *Els treballs perduts* (1989) de J. B. Mira, son ejemplos en los que he comprobado el peso de la influencia de Joyce.

Las traducciones han contribuido sin duda a su conocimiento. Aparte de las fragmentarias de Manuel Trens, Josep Sol, Josep Pla, ya citadas, cabe recordar la traducción de poesía que ya en las páginas de *La Publicitat* había hecho Tomás Garcés o, en nuestros días, las de Francesc Parcerisas, junto a algunas otras que no he podido localizar. Yo mismo traduje *The cat and the devil* para la *Revista del Centre de Lectura* de Reus. Josep-Miquel Sobré nos ofreció un breve fragmento de *Finnegans Wake* en "Les ales d'icar"⁸. Pero la edición de traducciones no fragmentarias se inicia con *El retrat de l'artista adolescent* (Vergara, 1967) de María Teresa Vernet, que, incrementado el interés por Joyce al filo del centenario de su nacimiento⁹, tendrá sucesivas reediciones en 1981, 1988 y 1993. En 1981 apareció *Ulisses*, reeditado en 1982, 1990, 1991 y corregido según la edición de Gabler

⁷ Vid. Joan Mir. "1963-64, un curs amb Blai Bonet". *Bulletí informatiu de la universitat de les Illes Balears*. 11 (març, 1988).

⁸ Suplemento literario de *El Eco de Sitges* 19 (31-12-82): 14-15.

⁹ Muestra de ello es la publicación de *James Joyce en els seus millors escrits* (1982), debida a la incansable iniciativa de Miguel Arimany, que recoge fragmentos representativos y estudios de J. R. Masoliver, Marc Soler, J. Mallafré y F. Parcerisas. *Pirandello, Joyce, Brecht* (Reus, 1985) también se hacía eco del renovado interés de Joyce que, tal vez cabe destacarlo, no se ha limitado al mundo editorial barcelonés sino que se ha manifestado en otras ciudades.

para su próxima publicación. *Dublínesos* (1988 y 1989) y *Giacomo Joyce* (1992) son, juntamente con *Ulisses*, mi contribución al conocimiento de Joyce en catalán. Y Joan Soler i Amigó completa el panorama con *Exiliats* (1989).

Sería interesante estudiar también la difusión de Joyce que desde Cataluña se ha hecho en castellano: artículos, estudios, traducciones. Recuérdense *Ulises* o *Stephen Hero* de José M. Valverde o el interés editorial de Barral, Tusquets o Lumen, para poner unos breves pero significativos botones de muestra. Me he ceñido estrictamente a las letras catalanas pero eso, naturalmente, no excluye las interacciones culturales más amplias.